

Germanófilos y aliadófilos españoles en la I Guerra Mundial



La cruel Guerra Mundial de 1914 polarizó la opinión española entre germanófilos y aliadófilos, como último término de un debate que se extendía desde muchos años atrás. Con motivo de la conflagración, el pueblo constató además la ineficacia de los partidos tradicionales para canalizar sus ideas.

Jesús Longares Alonso

A raíz de la ruptura bélica de agosto de 1914, España se dividió en dos bandos: germanófilos y aliadófilos. Autores ha habido —como Luis Antón Olmet— que al tratar la emoción de aquellos instantes no han

visto en ella más que una alteración incomprensible que, en vez de atender a las necesidades interiores del momento, «atendía al espectáculo europeo con el mismo frívolo entusiasmo y la misma inconsciencia

que despiertan los partidismos entre los aficionados a las corridas de toros». Fernández Almagro asevera que «las filias y fobias calaron más hondo en la **frivolidad de las masas españolas** que los auténticos problemas de nuestra vida pública».

No nos parece ésta una opinión plenamente matizada. Creemos que si **las masas vibraron** ante el hecho se debió a que algo íntimo vibró en ellas. Causas, quizá, profundas pero que pueden ser desentrañadas. Un hecho es cierto: cuando García Martí nos recuerda aquellos momentos, habla de que a ambos grupos de opinión los separaba una «honda división». Nos habla del mundo del Ateneo de Madrid, de los debates producidos, y confiesa que la lucha fue la «más borrascosa del período de mi generación».



El estallido de la I Guerra Mundial no fue algo súbito e inexplicable, sino el resultado de un enfrentamiento ideológico, político y cultural que nace en la Francia de la Tercera República y la Alemania de Bismarck y Guillermo II. El «canciller de hierro» —en la imagen— ejemplificaría los postulados del autoritarismo prusiano.

LA FORMACION DE LAS IDEAS, PREVIA AL CONFLICTO.

Dentro del mundo de las ideas generales todos los países tienen un barniz propio. Los países africanos eran un mundo de oscuridad e incultura para los hombres del XIX, del mismo modo que América lo era de aventuras y riquezas para los del XVI. Dentro de Europa ocurría lo mismo: había paladines de la cultura, de la misma manera que los había del arte, de la industria, o de la libertad.

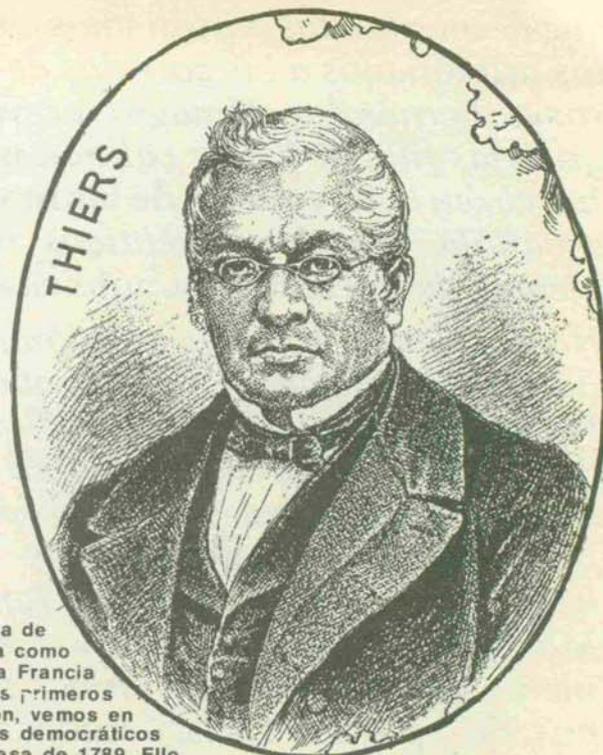
Estas ideas brumosas se formaron por un secular acopio de datos: hechos recogidos aquí y allá y luego coloreados en las historias escolares, relatos oídos a antepasados, puntillismos nacionalistas, etc. Indudablemente se trata de simplificaciones de alto nivel;

generalidades inaplicables a casos concretos, pero que gozan de una certeza indudable para las cabezas no críticas.

El casticismo que los pueblos europeos tenían viene marcado principalmente por una nota distintiva: su forma política. Esta matiza el modo de concebirlos, basado en la apreciación de que la Constitución es el trasunto a escala nacional del modo de ser del pueblo que la soporta. De este modo, los Estados Unidos de Norteamérica eran un pueblo demócrata, y los ejércitos zaristas fueron siempre «ordas rusas». Situados en esta esfera, podemos ya dar el salto del pueblo a la persona: todo americano es demócrata en sus costumbres; un alemán, militarista; y un inglés, liberal, aristocrático y flemático. Este primer barniz nos ha dado ya un bagaje de cono-

cimientos sobre el cual poder opinar a favor o en contra. Pero no es el único dato a estimar. Si sus estructuras políticas nos hablan mucho del ideal público, su nivel económico, cultural, científico, moral y religioso nos marca su capacidad para llevarlo a la práctica. Por ejemplo, la palabra libertad siempre ha tenido gloriosas resonancias en el alma española. Pero, ¿qué opinión forjaba un hombre en 1914 de una libertad unida a un ateísmo estatal con persecución religiosa? ¿No era un ejemplo a seguir el de un pueblo científico y de alto nivel de vida, sea cual fuese su Constitución?

Y con estos elementos se formaron las ideas de lo que un pueblo es. Los hechos diarios que los periódicos reseñaban parecían lógica consecuencia de la típica forma de pensar de



Enfrente de la Alemania de Bismarck y con Inglaterra como tercera potencia europea, la Francia de la III República (cuyos dos primeros presidentes, Thiers y MacMahon, vemos en los grabados) defiende los valores democráticos adquiridos tras la Revolución francesa de 1789. Ello será acompañado por una notable expansión económica y cultural.

unos y del casticismo vital de otros. Esgrimiendo estas concepciones podemos teorizar sobre el futuro: este país posee el porvenir; aquél está en decadencia.

En el enfrentamiento español hubo mucho de esto. Ambas partes enfrentadas corresponden a lo más pujante que Europa tenía; ambas concepciones eran valiosas. Que se inclinaran por una o por otra dependía sólo del modo como quisiera cada uno hacer de España un país pujante.

ALEMANIA Y OCCIDENTE EN LAS MENTES ESPAÑOLAS DE 1913

Hace más de un siglo —en 1789— se produjo la Revolución en Francia. Aquellos que hasta entonces no podían ser más que súbditos, alzaron su voz afirmando que dividir a los hombres en gobernantes y gobernados era antinatural. Y vencieron, logrando que la Constitución política de su Estado evolucionara dando en-

trada en el mando a zonas amplias que antes no podían. Esto fue un ejemplo para Europa. La herencia francesa se transmitió —de grado y por fuerza— a todos los países.

En Occidente el sentido de la Revolución es comprendido de modo muy similar a Francia: todo individuo tiene derecho a su autodeterminación. Al Este del Rin adquiere valores sociales: toda comunidad tiene derecho a dirigirse; derecho de las pequeñas nacionalidades a no sufrir yugos extranjeros, derecho de cortas zonas a liberarse de opresiones señoriales, autodeterminación nacional frente a Napoleón, etc. De aquí que mientras, en un lado, la Revolución de 1789 es un ideal de personas frente al Gobierno, en otro es de naciones en contra de gobernantes. Buscando la perfección de la idea, en una zona se producen revoluciones democráticas, y en otras guerras nacionalistas. Paremos por un momento la narración en el instante de concluirse unas y otras. Fijémonos en las formas

políticas cristalizadas con su fin: el resultado de las revueltas interiores ha sido que unos países pueden desplegar con orgullo la bandera de la democracia. Al terminar las luchas nacionalistas y de reunificación, los Gobiernos deben imponer formas autoritarias para que la labor iniciada no se desmorone. Hay pues un primer contraste: democracia-autoritarismo; la Francia de la Tercera República y la Alemania de Bismarck y Guillermo II. Y en esta diferenciación vemos con sorpresa que el bloque nacionalista, tras luchar siguiendo los principios de 1789, ha dado lugar a formas dieciochescas: «La eterna diferenciación entre los que mandan y los que obedecen; ... la creación maravillosa del régimen prusiano», como escribe Adolfo Posada en su Tratado de Derecho Político. No son diferencias de matiz, ni expresiones distintas de una misma idea, sino «dos sistemas políticos frente a frente».

Más o menos conseguida una

cierta estabilidad en ambas formas constitucionales, surge un fenómeno, aproximadamente contemporáneo, de carácter muy diferente: la segunda Revolución Industrial y el auge comercial.

Todos los países de Europa se lanzan a esta carrera, quemando energías que parecen surgidas de la liberación novecentista. Unos avanzarán deprisa, otros despacio. En su agilidad se muestra la eficacia que las formas políticas de una nación tienen el lo que al desarrollo de los pueblos se refiere. Terminado el siglo, tres países han tomado la delantera: Alemania, Inglaterra y Francia. Son el ejemplo de Europa, las cabezas de grupo del resto de los pueblos.

Examinemos a Alemania. De la noche a la mañana, lo que era un mosaico de pequeñeces se hizo una potencia. Con su fortaleza ha vencido fácilmente al coloso francés (Sedán, guerra franco-prusiana); con su expansión habla de tú a tú al imperio inglés. Fortaleza y expansión de tan gruesos caracteres que dan lugar al mito de un pueblo militarizado. Enraizado en su expansión, consigue tempranamente formar un sistema de alianzas europeas, la Triple Alianza, mientras su contraria Francia, no lograba nada semejante.

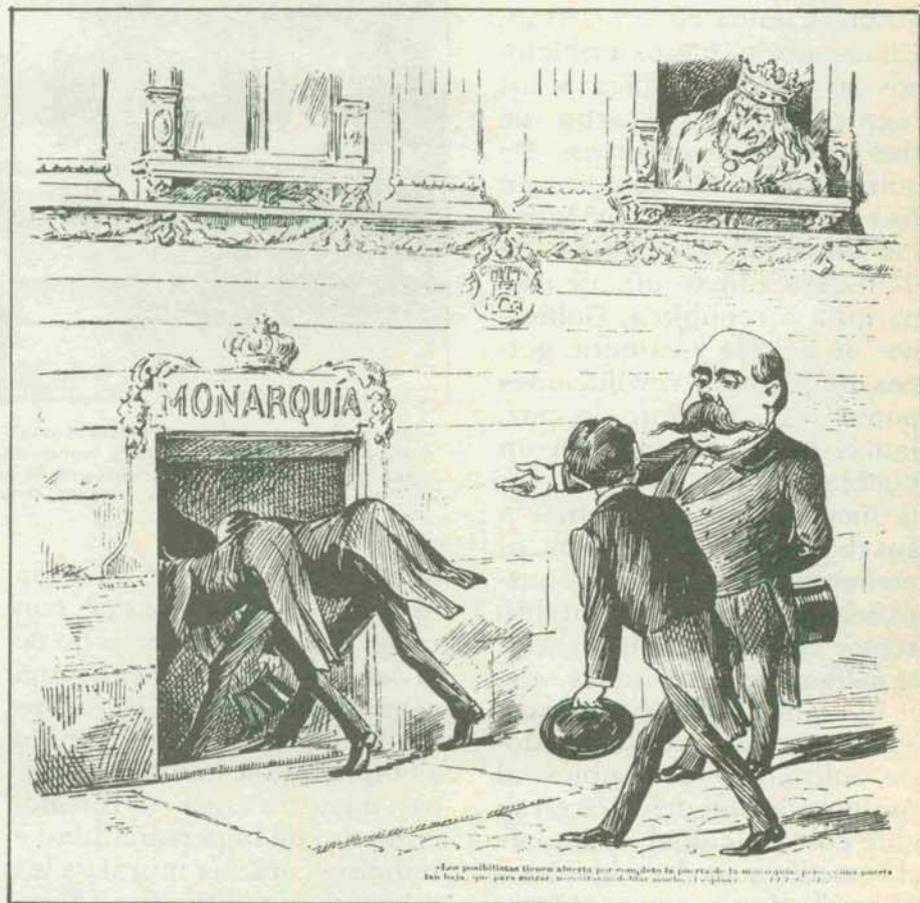
¿A qué atribuir su desarrollo? A algo que no haya en Occidente. Mientras el vocablo libertad, en la práctica, se resuelve en anarquía y despreocupación de todo lo que no es la propia individualidad, en Alemania, en vez de existir esa «eterna diferenciación entre los que mandan y los que obedecen», el pueblo se ha apiñado en torno de un poder, donde decir nación no es decir el ámbito en el que conseguimos **provechos personales**, sino una tarea común y el es-

fuerzo de todos para conseguirla.

«Cada individuo es un órgano... la colectividad el organismo», dice Eloy L. Andrés en su «La mentalidad alemana». El progreso logrado ha sido fruto, no de una pluralidad de esfuerzos personales que trabajan en propio beneficio y que contribuyen a la grandeza del Estado por medio de unos impuestos, sino de personas que han sacrificado sus intereses propios en aras del interés colectivo, que han ofrecido su libertad a su Estado. Esta es la enseñanza que nos han legado todos los pueblos fuertes, la Francia de Napoleón, la Alemania de Bismarck: «La doctrina de que el Estado se caracteriza por ser un poder superior de dominación, se apoya sobre las enseñanzas de la Historia».

Un pueblo así, de unidad granítica, no tiene más remedio que ser fuerte. Alemania no es un Gobierno, es toda la sociedad y con tan gran acopio de energías ha venido esa riada de poder, que es la superabundancia de «el esfuerzo colectivo, el trabajo y la cultura nacional». A Alemania no le quedaba otro remedio que ser imperialista, y lo seguirá siendo mientras sus súbditos tengan grabados en el cuerpo los sagrados deberes que tienen para con su Patria.

Inglaterra y Francia son las otras dos naciones de poderío europeo. De Inglaterra asombra su imperio territorial y mercantil, de Francia la expansión económica y cultural. Pero el prestigio internacional que Alemania tenía entre los hombres de España, no lo tenía ni Inglaterra ni Francia.



Libertad, igualdad y fraternidad son los tres principios ansiados por el español durante los años de la Restauración. Mientras Cánovas sólo le ofrece un estrecho juego político que resume este dibujo satirizado de «La Campana de Gracia» a propósito de una frase de «El Liberal»: «Los posibilistas tienen abierta por completo la puerta de la monarquía; pero es una puerta tan baja, que para entrar, necesitarán doblar mucho el espinazo».

Dejemos hablar a un inglés contemporáneo:

«Descubrí (en España) que existe algún prejuicio contra nuestro país, y las razones a que obedecen parecen ser la posesión de Gibraltar, nuestra actitud cuando la guerra de Cuba, en 1898, y la impresión dominante en algunos círculos, de que Inglaterra siente desprecio por España. Francia debe el poco favor de que disfruta al recuerdo de la Guerra de la Independencia, al protectorado sobre Marruecos... Alemania está muy lejos y no es lo bastante conocida» (Carta del obispo de Soulhwazk a *The Times*, 23-XI-1915).

Sin embargo, no todo era negativo. Sus valores constitucionales son elevados. Hace más de un siglo que España, a remolque de Francia, ha seguido la senda de la libertad. En España los logros ambiciosos no fueron estables, y los logros estables pecaron de mezquindad de objetivos. De golpe en golpe, de Gobierno en Gobierno, se pasó por todas las situaciones posibles: de dictadura a anarquía, de monarquía a república, Gobiernos de espada y cátedra, golpes de Estado, revoluciones populares... y nunca la paz, jamás la estabilidad. En un pueblo como el español, ante la incapacidad de cambiar a sus hombres, se pensaba al menos en adoptar otras Constituciones. Y en este intento reluce con enorme esplendor el **selfgovernment** inglés, que es «lo que constituye su excelencia, su vida... los legisladores políticos y los pueblos, al contemplar mil defectos en su vida constitucional, al buscar el remedio a las decadencias y perturbaciones que sufren, casi siempre dirigen su mirada a la nación inglesa, original y grande que ha sabido realizar prácticamente el

ideal relativo de su Estado», sigue diciendo Adolfo Posada.

Estas palabras, escritas en 1888, parecen traslucir la plasmación de la obra canovista, su estudiada evocación inglesa. Ciertamente Cánovas trajo cuarenta años de estabilidad política, pero fueron también años de insatisfacción doctrinal. En la apacibilidad del «turno» se durmieron las ansias de lucha, los afanes ideales, los esfuerzos democráticos. Pero la solución está en la Tercera Repú-

He aquí dos ideales que se nos muestran igual de atractivos: por un lado, una nación que gracias a sacrificar ciertas libertades ha hecho de su país la potencia continental. Por otro, unos hombres que han conseguido la completa expansión de su personalidad política, sin trabas estatales de ningún tipo.

¿Cuál de las dos formas era más atrayente? La respuesta vendrá dada, en buena parte, por el modo de ser de cada uno. Y estas diferencias tem-



«Alemania es el país de la ciencia, como Francia es el país del can-can y del ateísmo»... Frases como ésta eran fáciles de leer en España durante las primeras décadas de nuestro siglo. París significaba, especialmente, la capital de la frivolidad y la inconsciencia, de una «alegría de vivir» que contrastaba con la severidad alemana.

blica francesa, y en Francia misma: «El pueblo que con razón se ha llamado verbo de la democracia». Su ya anciana «Declaración de los Derechos del Hombre», que rejuvenece siempre que se la intenta aplicar, encierra en sí «el reconocimiento de la personalidad e indica el carácter moral de las relaciones políticas». Libertad, igualdad y fraternidad, son tres principios ansiados por el español que piensa en política.

peramentales, que ya entreveremos entre los partidarios a las distintas causas, vamos a perfilarlas buscando la opinión que se tenía del prototipo de hombre alemán y del prototipo de hombre franco-inglés.

El alemán es hombre austero, serio. Consecuente con sus ideas se concreta al trabajo: «Ser alemán —se lee en *La Vanguardia*, de 10-V— quiere decir en pr r trabajar por sólo a.

bajo, librarse de todo egoísmo y buscar el adelanto interior del hombre por medio del trabajo metódico y constante (...) con la mirada ideal puesta en la realización de fines eternos, religiosamente acatados y fielmente perseguidos». Trabajar es un valor de mucho peso en la España de 1910. Se vivían los albores del profesionalismo, de la seriedad intelectual, de la robusta preparación gineriana. Este nuevo valor se ha introducido con pasaporte alemán.

No es indiferente, en el momento de esbozar el concepto sobre Alemania, darnos cuenta que el medio siglo último ha sido de cientifismo alemán. Su lengua es indispensable en el vocabulario científico, sus revistas se reciben en España, las Universidades se proveen con profesores allí enseñados, y cuando uno desea colocar en una cátedra a su ahijado, no hay más que —nos lo dice el periódico compostelano **La Verdad**— buscar «un besugo de los llamados pretenciosos» y adobarle «una salsa salpicada de desplantes de Hamburgo y Francfort del Meine».

El metodismo alemán tiene por curiosa contrapartida la conciencia segura de la frivolidad científica y profesional de los españoles y, en buena parte, de los latinos. En nuestra patria todo es igual, saber o no, con tal de llegar a ser. En Alemania es imposible; hay un sentido cívico de servicio a la sociedad, de seriedad profesional. En este aspecto, de Alemania ha de venir una ola de civismo, que no hay en Francia, que nosotros no tenemos... «Se trata de que pueblos como el nuestro entren o no en la plenitud civil —es Eugenio D'Ors quien habla—, de que pueblos como el de Francia retrocedan o no a la barbarie... de la existencia de tu hijo, que mañana será arre-

batado por una difteria porque nadie hace nada por impedir el contagio en los colegios, de la existencia de tu mujer, de tu propia existencia, que mañana estará en manos de un joven doctor que habrá aprendido fisiología de boca de un loco».

La seriedad alemana traía consigo una idea de gran transcendencia: la religiosidad austera de ese pueblo. Ser alemán, dice de nuevo Eloy L. André, es trabajar «con la mirada ideal puesta en la realización de fines eternos, religiosamente acatados y fielmente perseguidos».

Durante la guerra se produjo una batalla dialéctica sobre la religiosidad de los alemanes. Esta batalla viene representada por multitud de artículos, folletos y libros cuyo detallamiento nominal es tan sencillo como premioso e inútil para estas líneas. Francia se esforzó por demostrar que en Alemania nació Lutero, que era el país del protestantismo, que allí fue la Kulturkampf... mientras que ella era «la primogénita de la Iglesia». Todo fue inútil para los españoles, «los católicos alemanes son excelentes, y... el kaiser invoca constantemente al Todopoderoso».

La religiosidad de que, para los ojos españoles, gozaban los alemanes, fue hábilmente explotada por el Servicio de Información de su embajada. Los discursos del Kaiser comienzan con una invocación a Dios, acaban con una petición de su ayuda; Alemania se somete a todo posible arbitraje pontificio, Francia todo lo desecha; y **La Correspondencia Alemana** del 5 de octubre de 1916 afirma que «según testimonios personales, el Papa Pío X dijo: Si alguna guerra hay justificada, es la que hace actualmente Austria-Hungría, puesto que fue obligada a ella».

Si Alemania suponía el país del catolicismo, y Francia el del ateísmo—como Inglaterra el de la indiferencia—, es debido, en nuestra opinión, no tanto a factores doctrinales como de tipo moral. La rectitud moral de Alemania era consecuencia de su seriedad profesional, civil y personal. La frivolidad francesa era consecuencia de... París, del mundo de los años 10, de... «Alemania es el país de la ciencia, como Francia es el país del can-can y del ateísmo», dice Deleito y Piñuela en **La Lectura**, de 1917.

Alemania jugó con amplitud el papel de su intachable moralidad. Quizá las acusaciones más abundantes que lanza contra Francia son las de tipo moral y de corrupción de costumbres, haciendo consistir en este factor uno de los elementos de progreso o decadencia: «A mi parecer... el más grave peligro que amenaza la prosperidad del Imperio, es un peligro moral, el que resulta de la difusión rápida de los gustos de lujo, de gasto y de corrupción en un pueblo enriquecido demasiado deprisa. Sin duda hasta ahora el deseo de gozar no ha hecho daño en los medios alemanes con hábitos de trabajo y de actividad».

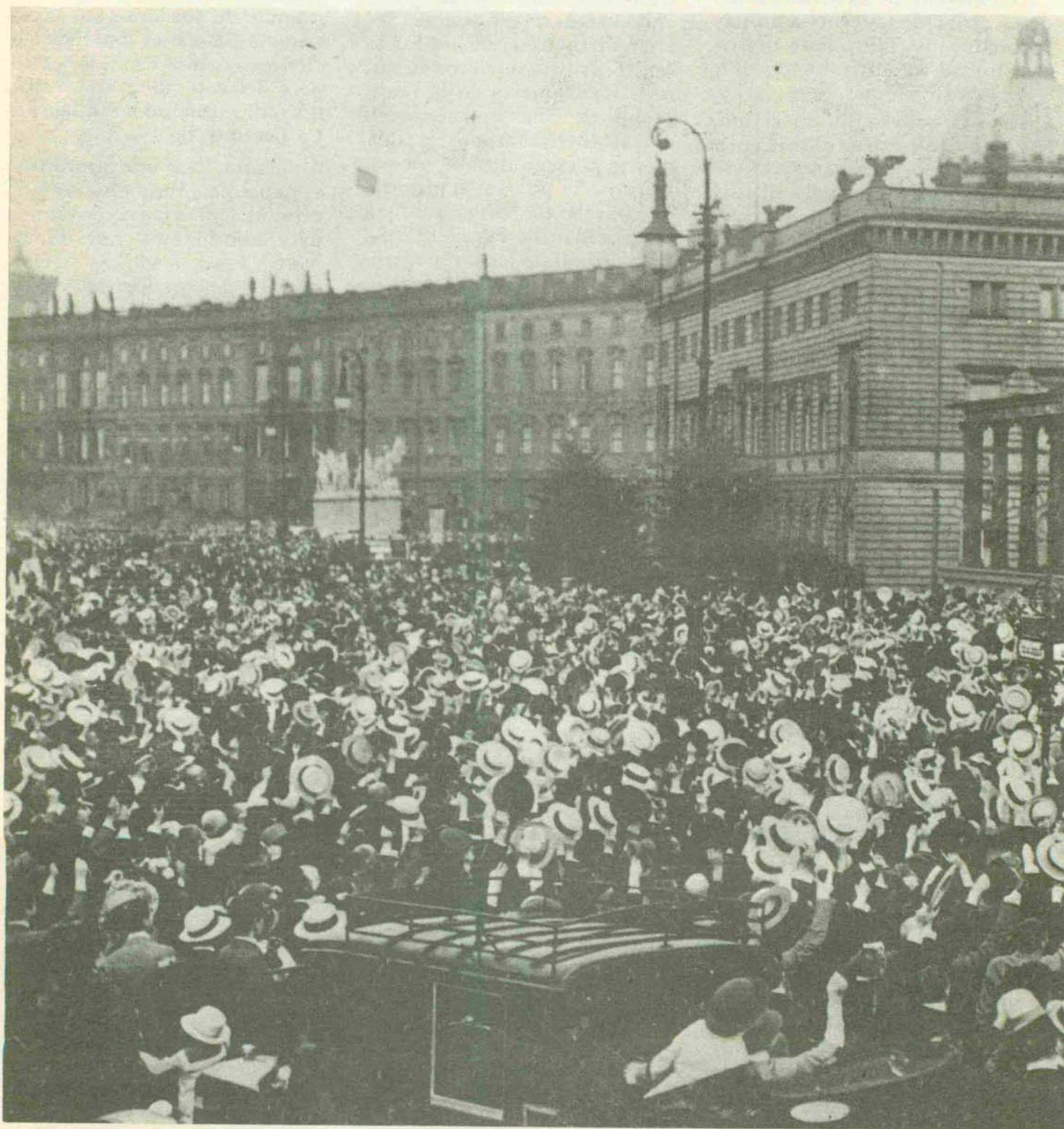
Esta acusación de tipo moral no es una fórmula empleada por sectores timoratos para convencer a personas de frágil corazón. Constituye un argumento de valor político, gracias a la ya apuntada opinión de que el progreso civil de una sociedad está en relación directa con su moralidad. En este sentido, la guerra fue entendida como fuego purificador de la carroña social, algo positivo; en frase de D'Ors, «la humillación del placer y la humillación del comercio».

Francia misma era consciente de esta opinión. Cuando en julio de 1917 Tourrasse

da una conferencia en el Ateneo de Madrid ha de alegrar que la embestida alemana «ha rehecho la unidad moral de Francia»: «La antigua fe de Francia se ha despertado... la blanca figura de Jesús ha pasado por las trincheras y todos, sintiendo su presencia real, ...se callan con respeto ante Aquel que enseñó

a bien vivir y a bien morir». No es únicamente la seriedad moral la nota distintiva del hombre. Esta característica es realizada por el horror religioso que produce la palabra libertad. La libertad era patrimonio francés desde hacía mucho tiempo. Para la gruesa zona española de «hombres de

bien», libertad no era un valor completamente positivo. Las causas son de fácil concreción revisando la historia vaticana del siglo XIX, las persecuciones a la Iglesia con el triunfo liberal; en nuestra patria la desamortización, el ateísmo, etc. «Los católicos españoles... antes que todo y sobre todo, tenemos un santo,



instintivo y consciente horror a la **libertad** a la francesa, sobre todo en materia de religión —se lee en **La Correspondencia Alemana**—, porque sabemos que la libertad jacobina significa persecución, arbitrariedad e injusticia. Y no deseamos el triunfo de Francia porque si la Francia atea y jacobina triunfase, triunfaría

en todos los países católicos esa **libertad**».

Frente a esta imagen del hombre alemán, con sus virtudes de seriedad profesional, cívica y moral, se esboza el hombre occidental.

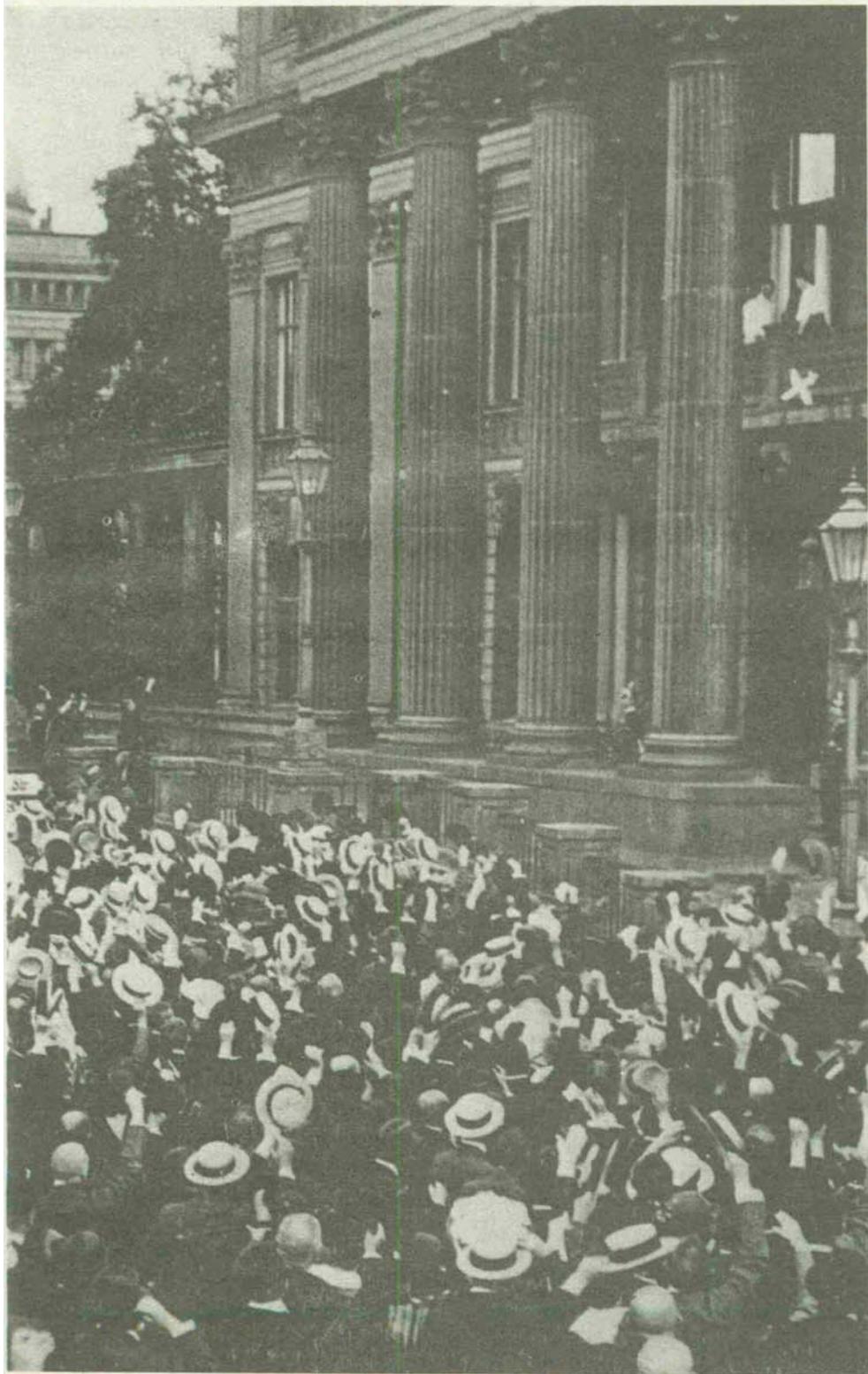
Este es la abstracción de todo lo positivo que encierra el francés, inglés e italiano. El hombre occidental es la con-

sumación de la personalidad humana, manifestada en todos sus matices. Las palabras «raza latina», «civilización occidental», «mediterráneo esencial», «cultura helénica», recobraron valor en 1914: querían expresar todo lo que un hombre puede llegar a ser si se desarrollaba sin trabas sociales, sin esquemas mentales, sin coacciones políticas.

El ideal occidental se resuelve en «la figura del **all-round-man**... de buena familia, bien educado, bien trajeado, educación científica y tres mil dólares de renta» (**La Vanguardia**, 25-IX-1916). Este es el prototipo del hombre ansioso de encontrar una sociedad liberal. En ella, puede brillar y desarrollarse. Será fino, sensitivo, intelectual. Y por intelectual, libérrimo. No puede admitir coacción estatal de ningún tipo, ni defender otra idea que la de la libertad. Por eso, al considerar como la intelectualidad alemana se ha sometido y convertido en defensora de su Estado, no duda en afirmar que «Alemania no tiene más funestos enemigos que sus propios intelectuales», porque si llegara a vencer «sometería la civilización a un bárbaro despotismo, el más ruín y miserable que ha conocido la Historia» (Romain Rolland).

Nuestro hombre occidental es la consumación de cincuenta años de Romanticismo y cien años de liberalismo: capaz de enamorarse de una idea. Le sofoca la técnica, la eficacia, en todo lo que supone de materializar. Para él, un técnico es un inculto: «Dios hizo al

Los sectores belicistas alemanes acogieron con entusiasmo la declaración de guerra en agosto de 1914, como recoge esta foto, hecha ante el Palacio Real situado en la Unter den Linden berlinese. El triunfalismo germano esperaba que el conflicto se resolviera en su favor en un plazo máximo de seis meses. La realidad desmintió su optimismo: tras cuatro años de lucha, la balanza se inclinó hacia los aliados dejando en los campos de batalla dieciocho millones de cadáveres.



hombre a su semejanza, con una alta finalidad en las regiones del espíritu. La civilización alemana quisiera crearle de nuevo a semejanza de una máquina Diessel: preciso, exacto, poderoso, pero sin espacio para que en él funcione un alma —dice Lloyd George en su famoso discurso en el Queen's Hall de 19-IX-1914—. Eso es lo que nosotros combatimos: la pretensión de una civilización material y áspera al predominio; una civilización que si alguna vez gobierna el mundo, desaparecerá la libertad, se desvanecerá la democracia».

Tenemos ya expuestos en gruesos trazos los caracteres de uno y otro pueblo, uno y otro hombre. Por un lado, encontramos una sociedad en tan estrecha unión que no puede permanecer inactiva, y unos hombres conscientes de sus deberes de ciudadanos. Por otro, personas de pode-

rosa personalidad, idealistas y sensitivas, que prefieren morir antes que su libertad se vea menoscabada. Considerando con atención las personalidades de ambos tipos, se esboza ya con nitidez quienes serán los defensores de una y otra postura.

LOS PARTIDOS ESPAÑOLES DE UNO Y OTRO BANDO

Defenderán la causa aliada los grupos comprometidos con la constitución de 1875: conservadores y liberales, demócratas y reformistas. Las declaraciones serán tanto más abiertas conforme menos responsabilidad de poder tengan sus hombres: explícitas en los reformistas y demócratas; veladas en Romanones si ocupa el poder; si no, públicas; muy raras en Dato, si bien su periódico oficial, *La Epoca*, es claramente aliado.

También simpatizantes con el

núcleo occidental fue la conjunción republicano-socialista, los grupos de Lerroux y Pablo Iglesias. Su razón de ser no es tanto la dependencia de una cierta constitución de tipo democrático, como la lógica lucha de clases, que en un país autócrata y militarista resulta inviable, está ahogada. Los partidos menores: grupos nacionalistas, izquierdas regionales... serán también afectos, por semejante razón, al núcleo aliado. Por otro lado, debido a la carga ideológica que el individuo occidental significaba, se inclinan a Occidente los acérrimos amantes de la libertad como único modo de poder expresarse. Aquí se introducen los intelectuales. Al hablar de intelectuales nos referimos más a escritores, filósofos y artistas que a científicos e investigadores. Observamos que en las gruesas listas que se confeccionan de hombres simpatizantes con una u otra postura, los primeros son en su mayoría aliados, y los segundos suelen ser germanófilos. Es ésta la consecuencia de aquel tipismo que vimos en las ideas sobre Alemania: Alemania era una nación científica y técnica; ¡ningún técnico es un intelectual! Así podía escribir Armando Guerra en 1915: «... Confesad el fracaso austroalemán, que con ello al menos ganaréis el título de intelectuales...».

Los germanófilos serán en primer lugar jóvenes; la juventud de 1910. Los primeros años de nuestro siglo vieron amanecer una juventud que no pasó desapercibida a la fina mirada de Benedetto Croce. D'Ors es un exponente típico del momento. El mismo se define: «Yo soy... un hombre del novecientos, buen amigo de la acción y de la voluntad, bien hallado con el ambiente deportivo, un poco pragmático de todos modos,



Gran parte de la juventud española se adscribió a una germanofilia de la que Eugenio D'Ors —aquí, en retrato de Ramón Casas— fue exponente típico. «Contra el monstruo de la Anarquía, la nueva canción que resuena en las conciencias jóvenes podría llamarse «La Marsellesa de la Autoridad»... Hoy es la Autoridad la que avanza en la hueste de los germánicos», escribió por entonces D'Ors.

en medio del idealismo». Es un hombre con menos posibilidad para la abstracción que su padre. Treinta años de positivismo le han hecho preferir un aeroplano a un discurso. Y la rebelión que, como joven, le enfrenta con la sociedad de sus mayores, no es en busca de democracia sino de efectividad. La efectividad, antes que otra cosa, requiere voluntad y autoridad. La autoridad es el ingrediente esencial que falta al mundo de occidente: «Por la siguiente señal nos conocemos los hombres nuevos de cualquier país —sigue diciendo D'Ors—: por la manera de pronunciar la palabra Autoridad... Contra el monstruo de la Anarquía, la nueva canción que resuena en las conciencias jóvenes, podría llamarse **La Marsellesa de la Autoridad**. Hace un siglo... había un monstruo y le llamaban Tiranía; había una esperanza y le decían la Libertad, Napoleón se adelantaba entonces llevando a la Libertad en medio de su hueste... Hoy es' la Autoridad la que avanza en la hueste de los germánicos».

Esta juventud intenta crear sus partidos de expresión. Necesitan todos de un líder, una figura en donde encarnen estos ideales de efectividad, honradez y autoridad. En realidad, «el estilo germanófilo» no presupone mucho más que este intento de imposición por la eficacia. Tras ella se comprende la salvación de España y su conversión en gran potencia. Y así veremos cómo el maurismo adquiere un desarrollo juvenil apasionante, y cómo se enarbola la imagen de Maura a alturas excepcionales; el regionalismo camboísta adquiere «estilo germánico», y el «albismo», nacido tras la empresa de revitalización producida por Santiago Alba desde su cartera de Hacienda, se constituye como un germanofilismo de izquierda. El



Esa juventud española que admiraba el «estilo germano» tenía necesidad de un líder, de una figura en que encarnasen los ideales de efectividad, honradez y autoridad que ellos propugnaban. Es entonces cuando se enarbola la imagen de Maura (en el grabado) a alturas excepcionales y el maurismo adquiere un desarrollo juvenil creciente.

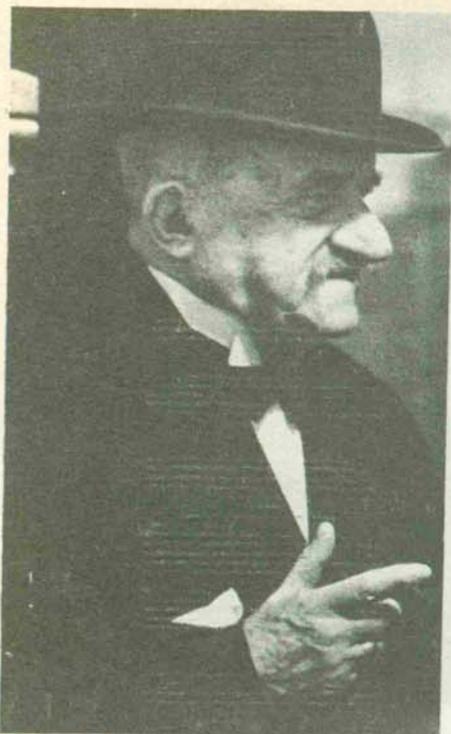
tradicionalismo es otro de sus partidos. Por estos años ha encontrado su líder —Vázquez de Mella—, valioso y capaz de ilusionar, y en sus manos el movimiento tradicionalista adquiere un auge indudable de juventud y energía.

La juventud germanófila fue muy impetuosa. Trabaja con más fervor que el aliadofilismo, sobre todo por la conciencia de que el futuro le pertenece a ella. Convencida —sigue diciendo D'Ors— de que el «dejar hacer, dejar pasar» equivalía a «dejar hacer, dejar morir», afirma que de la victoria alemana saldrá un nuevo ciclo civilizador, un ciclo que tendrá por estructurador la libertad y por forma el socialismo. Un socialismo que no tiene mucha relación con el socialismo obrerista o los partidos socialistas mediterráneos. Socialismo en sus bocas es el triunfo de la sociedad, de ese bloque monolítico que es la nación y que pretende sea universal. Así pone Armando Guerra en boca del Kaiser: «Dentro de mí hay un socialista que sueña con que las fronteras no existan y todos

los hombres a coro entonen un himno a la solidaridad humana. La permanencia en el clasicismo francés es un atraso, mantenerse por más tiempo a su rueda, un suicidio; el único mentor posible en los nuevos momentos, ha de ser Alemania».

Parejo al contenido político de Alemania, corre el contenido social e individual. Ya vimos sus caracteres: civismo, educación, buen nivel de vida. El hombre alemán es trabajador, honrado, impecable de conducta... Todo contribuye a formarse del alemán la idea de «un hombre de buenas costumbres». Esto tiene especialísima vigencia para el mundo de las clases medias españolas. Ese hombre que hace del hogar un refugio, de la paz su única atmósfera. Vive bien y no desea cambios en la vida que puedan modificar la suerte.

Esta masa germanófila era abundante. No constituía una fuerza de choque, pero sí un peso muerto que impedía acciones contrarias. Alcalá Galiano los define con desprecio: son «los católicos más intran-



A la atonía política existente en España dentro de los meses anteriores al inicio de la Guerra Mundial, sucedió —según analizase Romanones, al que vemos— una idea que rápidamente prendió en todos: «Nosotros a la guerra, ¡no!». El pueblo quiso ser neutral.

sigentes, las señoras más alejadas de los problemas sociales. Viven en ese mundo del pequeño comercio y el mediano taller, de la oficina y el bufete de provincias; en el mundo del altar, la espada, el blasón y la caja de caudales».

Al dibujar las líneas de separación entre simpatizantes de aliados y germanófilos, hemos mantenido una doble posición: los que lo eran por motivos políticos y los que lo eran por sus formas sociales o individuales. Ciertamente, esta división es clarificadora pero en parte artificial. Por ello hemos preferido hablar de partidos de «estilo germánico» que de auténticos bandos germanófilos, porque la devaluación política de los años bélicos en España traerá la difuminación de los conceptos, hasta convertir el problema en una simple pugna de tradicionales y avanzados.

La primera consecuencia de esta transformación fue la abrumadora mayoría de los

primeros sobre los segundos. De pronto, germanófilos son todos, en la capital y en las ciudades provincianas, en el campo... Y, una vez más —según dice Fernández Almagro— a los aliados los defienden «más que el pueblo, una selección intelectual y política».

LA GUERRA MUNDIAL Y LOS PARTIDOS POLITICOS ESPAÑOLES

Los contemporáneos, escribiendo sobre su situación política, la juzgan abrumadora. Les abruma la quietud y la disolución. Tras el asesinato a Canalejas y la huida política de Maura, los partidos carecen de cabezas pensantes. De la lucha por ideales, se ha pasado a la lucha por el poder. Romanones confiesa en el Ateneo el 18 de enero de 1919: «Los partidos grandes o chicos... antes de agosto de 1914 tenían un rasgo común: el proponerse como finalidad inmediata la conquista del Poder. De esta suerte, el medio se convertía en fin viciando todas las actividades políticas. Trocado el medio en fin, toda conducta de los partidos responde a dos necesidades: mientras está en la oposición, vencer al contrario y obtener el poder... y cuando lo ha obtenido, conservarse en él durante el mayor tiempo posible». Convertidos los partidos en un vehículo para conseguir el poder, la política se hace camarilla para unos pocos, y un centenar de personas —como dirá Azorín— es el que «pesa, domina y dice en la política y en el Parlamento». La masa nacional se inhibe de la trama madrileña, y los esfuerzos ministeriales se centran en la consecución de votos, por medio de los intermediarios caciquiles, haciendo de las elecciones una pugna de habilidad y amistades. Pugna, por otro

lado, que el pueblo acepta tácitamente y con resignación. «Aún no hace dos meses —se lee en el **Diario de Galicia**— no había en toda España dos dattistas. Ahora lo son por lo visto el cincuenta por ciento de los ciudadanos con voto».

La España real de la que hablaba Cambó, esa España «que no se adapta a aquella organización oficial», se ve sin caudillos en el horizonte, quedando todo regido por dos partidos marchitos, sin nada que ofrecer ni nada que desear, sin hombres que los dirijan ni hombres que se les opongan. Esa España latente no tiene cauces: «La creación de los partidos de opinión —profetiza Cambó— puede retrasarse, puede desaparecer definitivamente».

La debilidad acarrea tras de sí el fraccionamiento. Todo hombre se siente jefe porque para serlo no se necesita ya ni personalidad ni ideas. El partido conservador se divide, los liberales son incapaces de unirse, surge el reformismo, y fracciones de opinión se esbozan en las partes ya fraccionadas. Ha comenzado el período lento de desintegración. Los Gobiernos no pueden ofrecer más que situaciones «puente», sólo que ahora estos puentes no tienen orilla en su futuro, «se están tendiendo —dice Fernández Almagro— sobre el vacío».

LA RUPTURA DE LOS PARTIDOS

De pronto el vacío tuvo un fin. Había estallado la Guerra Mundial. La guerra exigía en Europa una reacción popular. Las masas que se habían mantenido más o menos al margen de la vida pública, irrumpen en ella. Si en los beligerantes —analiza Romanones— fue el afán de vencer lo que produjo la cohesión, en los neutrales el de no participar «ha operado sobre la situación... y de igual

suerte que en los beligerantes». A la atonía política de meses antes, se ha impuesto una idea en todo el pueblo español; una idea que es política más por sus consecuencias que por su formulación puramente negativa: «Nosotros a la guerra, ¡no!».

Este conservadurismo tiene como primera consecuencia un desentendimiento aún más completo de la política oficial: en juego hay algo de verdad importante; este juego no se puede dejar en manos de personas en las que no se confía. Diga lo que diga Madrid, se declare a favor o en contra desde la *Gaceta*, el pueblo será neutral.

Pero esto no es más que la radicalización de un divorcio ya existente. Hay algo más grave. La sacudida neutralista se deja sentir con igual intensidad dentro del mismo partido. Las minorías que la apoyan piensan en algo de verdad importante. La neutralidad se trata de algo más: se trata de perderlo todo o de conservarlo todo. Y estas minorías, uniéndose al general grito de neutralidad, se olvidan del esqueleto fósil que es su partido: «¿Cuestiones de partido? —dirá García Prieto interrogado sobre la postura de los demócratas—. Quién piensa ahora que existen los partidos».

A finales de septiembre de 1914, el miedo a entrar en guerra decayó parcialmente. En el Parlamento todos se muestran unánimes en mantener la neutralidad. Romanones depone su actitud intervencionista de agosto. La postura de Lerroux se sabe meramente demagógica y oportunista. Tranquilizado el pueblo, pasa a primera fila el problema político que la guerra plantea, ya **manifestado desde el primer momento**. Observando que la neutralidad es segura «se vie-

ron impulsados a tomar partido», dice Romanones.

Esta revitalización de ideales políticos acarrea un deseo de autenticidad. Se busca alguien que pueda representar la postura de los germanófilos y quien represente la de los aliados. En esta búsqueda se tropieza España con que la insipidez de nuestros partidos «no podían ya facilitar situaciones políticas liberales ni conservadoras» (Maura). Conscientes fueron los nuevos líderes en formación de la oportunidad de alzarse con la bandera de uno de los ideales. La revitalización producida les brindaba la ocasión de amalgamar una fuerza hasta ahora no soñada. Maura, Cambó, Alba..., se convertirán en posibilidades durante los cuatro años de guerra, si bien no traspasaron la barrera del probabilismo.

LA DESMORALIZACION

De la mayor importancia fue el hecho de que no hubiera

partidos que representaran los impulsos políticos de agosto de 1914. De la mayor importancia, porque al descrédito turnante se unió el desánimo de no encontrar solución al problema. El pueblo se convence de la imposibilidad de una idea nacional y de la futilidad de toda política. Olvidando el sincero impulso que la guerra ha encendido, se dedica a encauzarlo a sus negocios, a enriquecerse, a hacer «su agosto en el río revuelto de sangre y lodo» (Adolfo Posada).

Las discusiones sobre la guerra, más que nunca se hacen discusiones de café; ahora sí que la guerra es un «espectáculo de teatro». Apenas comenzada, sus efectos ya se han sentido: los partidos turnantes se han quedado sin apoyo popular; el pueblo ha buscado donde canalizar sus ideas y no lo ha encontrado. Ahora, unos y otros caminan separados: ocupando el poder unos, entregados al estraperlo los otros. ■ J. L. A.



Conforme iban transcurriendo los largos meses de la guerra, se comprobaba la recuperación de los aliados, desbordados en un principio por la agresividad alemana. La entrada de estos soldados ingleses en Cambrai el 9 de octubre de 1918, tras la evacuación germana de la ciudad, simboliza el signo de una contienda que dejaría a Europa sumida en las ruinas.